

Nina R

Quando muere un Ruiseñor

Libro I

El halcón y el ruiseñor



 **Ediciones-Babylon**
II colección-andarta

Capítulo III

A primera hora de la mañana, llegaron los dos agotados muchachos a la Corte. A estas alturas, ya el colgante estaba en poder del rey, debiendo este tomar una rápida y difícil decisión para evitar la muerte de su sobrina. Nadie podía imaginar el tremendo sufrimiento del monarca ante el conflicto de tener que elegir entre un ser querido y su obligación de no ceder a los chantajes de los rebeldes. Ajenos a esto, Ori e Irfend se dirigían a sus casas, dispuestos a descansar antes de reincorporarse a sus trabajos como artesanos en el Real Taller de la Corte, lugar destinado a proveer a la nobleza de Lothir de lujos impensables para la mayoría de la población. En un tramo del recorrido, los dos amigos vieron un bullicioso ir y venir de gente, dirigiéndose Irfend a uno de los ciudadanos para saber qué ocurría. Este lo informó:

—¡El rey se ha vuelto loco! ¡Esta madrugada ha dado orden de arresto al mínimo sospechoso de estar relacionado con el secuestro de la princesa! ¡Los soldados están registrando las casas! ¡Tened cuidado, se rumorea que más de uno ya ha sido interrogado hasta la muerte!

Y se fue corriendo, se supone que a refugiarse en alguna parte.

Dadas las drásticas medidas que estaba tomando el rey, era evidente que se hallaba enfurecido de desesperación.

Irfend prefirió no correr riesgos.

—Vete a tu casa, Ori. Quédate allí y no salgas hasta la hora de irnos al taller. Nos veremos luego.

Los dos amigos se separaron, más que decididos a hacerle caso omiso y oídos sordos a todos los comentarios que no dejaron de rumorearse en la ciudad y en la totalidad del país, hasta el incierto desenlace de aquella historia de infortunio de una joven princesa.



Transcurrieron dos días desde la entrega del colgante al rey. Todos contuvieron la respiración ante la posibilidad de que el monarca decidiera no negociar con los Conspiradores. ¿Acaso iba a sacrificar la vida de su sobrina por no dar el brazo a torcer? Se hallaban en un sinvivir, en especial Ori, que no había logrado pegar ojo desde entonces, preocupado por el triste sino de la real joven. Si pudiera hacer algo por ayudarla... Enseguida descartó esa idea, sabiendo que, para ello, tendría que traicionar a su amigo y a los Conspiradores. Y nada más lejos de su intención, cuando su principal propósito era asistir al fin de los Nevothenien, todos y cada uno de ellos, sin excepción.

Pero la respuesta a tanto dilema no tardó en llegar. Aquella apacible tarde de otoño, como era habitual, toda la ciudad de la Corte se reunió en la plaza principal para escuchar al pregonero del castillo. Esta vez se había demorado, por lo que todos se temieron lo peor. Allá lo vieron llegar y subirse al mismo estrado de madera donde se llevaban a cabo las ejecuciones, hecho este que parecía ser normal, y más en un país donde el valor de la vida era casi nulo. Ori contuvo la respiración,

llegando a estrujar fuertemente el brazo de su amigo, al intuir que algo importante iba a revelarse... Y el pregonero anunció la tan esperada noticia:

—¡La princesa! —adelantó, como si se recreara en la tensa expectación de la multitud—. ¡Con la gracia de nuestro buen rey Edner Nevothenien, cuya merced tuvo a bien indultar a los condenados a muerte previstos para esta tarde y favorecer con gran generosidad a varias familias de campesinos, informo que, en la mañana del día de hoy, la princesa Nerien Nevothenien, heredera al trono de Lothir, ha sido liberada!

La algarabía fue indescriptible. Aunque por muy diferentes motivos, la mayoría se alegraba por la salvación de su princesa, a la que apreciaban, algunos por el indulto de los condenados y otros tantos se congratulaban por el seguro cierre de las minas del Norte, vergüenza de los humildes y enriquecimiento de los poderosos. Ori pudo respirar por fin, con un irreprimible gesto de alegría que no dejó de chocarle a Irfend. Definitivamente, no estaba hecho para el más mínimo conflicto y, menos aún, para la guerra.



El rey había cedido. El día anterior había entregado a los Conspiradores un documento oficial en el que se comprometía a liberar a todos los esclavos de las minas del Norte, cuya producción se vería así detenida. No pudiendo soportar más presiones tras recibir la prueba que confirmaba el secuestro de su sobrina, accedió a liberar a centenares de esclavos, aunque a la gran mayoría ya nadie les quitaba de portar en su interior las consecuencias de trabajar en las minas de Lothir en tan deplorables condiciones. El nocivo polvo de hierro que habían aspirado los condenaba a una muerte segura, lenta y muy penosa.

Ori suspiró, aliviado.

—Nunca hubiera esperado este desenlace por parte del tirano. Ahora va a resultar que ese miserable tiene corazón.

—¿Bromeas? —reprochó Irfend—. De ser así, lo usará con los suyos y se acabó. No dudaría en despellejarte vivo si llega a enterarse de todo lo que vienes haciendo en su contra.

Y prosiguieron ambos su camino, evitando más comentarios que pudieran involucrarlos en asuntos comprometidos. Cualquiera podría delatarlos. Cualquier mínimo despiste, podría resultar fatal...